

Sobre la pretendida peculiaridad andaluza

EN Andalucía hasta el decenio de los sesenta se prolonga la aparente y bucólica tranquilidad regional. Pero es en estos años cuando emerge por completo el «iceberg» que había permanecido oculto. El hermoso escenario natural se agrieta, primero, para después empezar a hundirse materialmente. La situación económica regional, hasta entonces en lento, pero reconfortador ascenso, sufre un frenazo e incluso una grave recesión. Es también en esta tesitura donde hay que emplazar, en primer lugar, el rápido ascenso del movimiento obrero, que, enlazando con una clara tradición no muy lejana, denuncia constantemente, con sus acciones reivindicativas, la injusticia de la situación social en que se encuentra. En paralelo con la terminante postura del proletariado, que durante algunos años protagonizó todo el movimiento del país, sin sentido alguno regionalista, yo sitúo, en otro plano muy distinto, la actitud crítica desafiada por determinados sectores culturales.

También en el decenio de los sesenta se produce una interminable procesión de desencantos.

Combatividad obrera, inquietud intelectual, frustración empresarial y el espectro de una enloquecida emigración son los rasgos que dominan en este período. El justificado complejo andaluz, su desazón, no eran cosa nueva. La novedad consistirá en la aparición de este sentido crítico a lo largo de un prolongado proceso.

Junto a la nueva conciencia crítica, surgida en Sevilla, al final de los sesenta y comienzos de los setenta, hay que señalar un fenómeno similar, cronológicamente anterior y posiblemente más frontal en sus análisis, en la ciudad de Córdoba. Sin embargo, creo oportuno indicar que este sentir reflexivo va acompañado por un dudoso tinte literario que propone una imagen de recambio tan falsa como la que se condena. Se lanzan afirmaciones



ROBERTO MESA

rotundas que nada tienen que envidiar a las frases hechas, sobradamente conocidas: *Andalucía es algo perfectamente serio* (ALFONSO GROSSO). *Ser andaluz es (...) ser otra cosa. Y otra cosa inconfundible para el no español, como es inconfundible ser blanco o ser negro* (ORTIZ DE LANZAGORTA). Pero no debe exagerarse el alcance de esta tendencia. Un especialista de las literaturas regionales tendría mucho que decir sobre las pretendidas peculiaridades de la fonética y de la sintaxis andaluzas.

A favor de los aires literarios, y ya desde ángulos sociológicos y socio-económicos, va tomando cuerpo una imagen política, conocedora de favorable fortuna: Andalucía pertenece al Tercer Mundo o, una variante, Andalucía es un mundo colonial. Ciertamente que en el área geográfica en cuestión se reúnen algunos de los factores que caracterizan a los países pertenecientes a la zona del subdesarrollo, pero hay otros muchos que no se dan (por ejemplo, los referentes a índices medios de vida, tasas de crecimiento demográfico, porcentajes de mortandad infantil). Habría que recordar, al mismo tiempo, que un buen número de los factores «diferenciadores» andaluces son propios de todo el país; en concreto, los referentes a estructuras sociales, régimen autoritario y atraso cultural.

Sin pretensiones de sentar cátedra, ni tampoco de polemizar con estudiosos más expertos, acepto el término «subdesarrollo» colonial como expresión literaria que cumple valiosas funciones de revulsivo, de llamada de atención. Pero siempre y cuando el término en cuestión no sirva para encubrir análisis equivocados.

Sólo con el propósito de aportar mi contribución a la toma de conciencia en marcha estimo que sería muy valioso buscar los módulos de semejanza con otras regiones españolas, igualmente discriminadas, en lugar de bucear en una originalidad productiva, a veces, de la imaginación literaria. Quiero decir simplemente que el centralismo ha sido dañino, en proporciones variables, para todas las regiones de la Península. Estimo, por otra parte, que valdría la pena ahondar en la responsabilidad de las propias clases dirigentes andaluzas en la penosa situación presente. Si útil es acabar con el mito del absentismo latifundista, no menos oportuno sería (como han sugerido Antonio BURGOS y Nicolás SALAS) estudiar y definir el absentismo económico y también el que pudiéramos llamar absentismo cultural.

QUIZA no sería mal camino arrancar señalando la falta de dinamismo, en todos los aspectos, de una burguesía «local» que no ha sabido desempeñar su función antagónica frente a la oligarquía dominante y se ha convertido en su aliado vergonzante. Despreciando o ignorando su más importante vocación de dinamizadora social, esta burguesía ha vuelto sus espaldas al pueblo. Este arranque debería ir acompañado por la denuncia y el rechazo de una sociedad clasista, opresiva y discriminadora. En esta postura cristalizaría una clara conciencia socio-política que engazaría el fenómeno andaluz con toda la problemática nacional. Pues la verdad es que no creo en la salvación individual ni en la redención de las provincias una a una.

El «tercer-mundismo» andaluz ha sido un estímulo oportuno; por lo menos ha servido para ver que sí se trata de denunciar una situación injusta, no hay que irse Despeñaperros arriba a buscar a los explotadores: los primeros colonialistas de unos andaluces han sido otros andaluces. ■